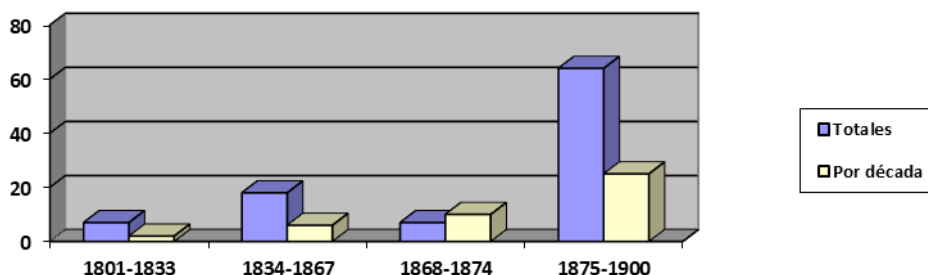


V.4.- La Veterinaria en su Escuela.



Obras de Veterinaria en el XIX en Aragón (Elaboración propia)

Para conocer en detalle la historia, las obras y los personajes que, en el campo de la veterinaria, destacan en los siglos XIX y XX, se debe acudir a la obra *Crónica de 150 años de estudios veterinarios en Aragón (1847-1997)* ^{Nota 1}.

En los capítulos precedentes ya se ha nombrado algún autor reconocido (por ejemplo, Joaquín Villalba al comienzo del siglo o José Echegaray Lacosta en el período isabelino).

Recordemos ahora las cuestiones institucionales. Aunque la creación de la Facultad de Veterinaria con rango universitario aparece en el Plan General de Instrucción Pública de 1836, no será hasta 1847 cuando se promulgue el reglamento que creaba los estudios veterinarios en tierras aragonesas, concretamente en Zaragoza ^{Nota 2}. Su primer catedrático fue Anastasio Ortiz de Landázuri.

Tuvo esta fundación el grave inconveniente de que los estudios duraban 3 años y daban título de Veterinario de 2ª clase; sólo con estudios de 5 años y en la Escuela de Madrid se podía acceder al título de Veterinario de 1ª clase. Hasta 1871 no se unificaron los estudios de Veterinaria en todas las Escuelas del país.

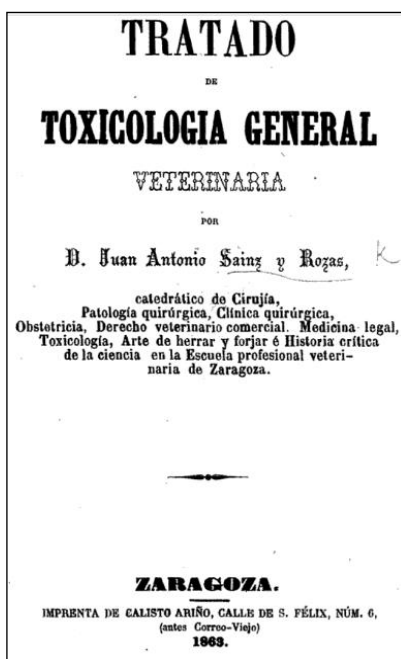
El profesor José Manuel Pérez García, resalta en un artículo dedicado al veterinario zaragozano **Mariano Mondría García** (1833 - 1895) que su obra *Tratado de policía sanitaria veterinaria bajo el punto de vista de la infección y el contagio en general y de los medios desinfectantes en particular* (Zaragoza, Juan Cervero, 1873) "es un esfuerzo serio para introducir la higiene pública, y está en la línea de las transformaciones realizadas en este período en España por figuras como Nicolás Casas de Mendoza".

También escribió Mondría un folleto (resultado de una conferencia en la sede de la DPZ) titulado *Ideas históricas de la Zootecnia y sus relaciones con la Agricultura* (Zaragoza, Calixto Ariño, 1880). En ella recuerda que es justo

"(...) que rindamos un tributo de gratitud a la memoria de nuestro querido paisano e ilustre maestro don José Echegaray que, como Catedrático de la Escuela de Veterinaria de Madrid, tuvo la gloria de ser en España el primer apóstol de la ciencia zootécnica (...). Son la Agricultura y la Zootecnia (...) como dos ramas de un árbol (...), son, en fin, las dos grandes fuentes de la riqueza más profunda y perenne del país (...). Y así lo comprueban todos los tratados más notables de Agricultura, ya sean clásicos ya sean elementales; ora sus autores se llamen GASPARIAN, JOIGNEAUX, ora se apelliden OLIVÁN, ARAGÓ, NATA, Y GAYONEAUX".

Vemos, pues, que empieza a reconocerse el trabajo de autores españoles nada alejados en el tiempo. Ya no todo ha de ser recurrir a la Agricultura general de Gabriel Alonso de Herrera.

Hemos titulado este capítulo ‘La veterinaria en su escuela’ para indicar que quizás sea la veterinaria la materia que menos progresará en este siglo XIX de tantos progresos. Y uno de los motivos para ello sería la larga polémica entre los antiguos albéitares y los modernos veterinarios, que consumirá energías sin mucho motivo y que finalmente se decantará por éstos (sólo tras el Real Decreto que suprime la albeitería y crea la Escuela Central de Veterinaria en Madrid y de sus subalternas en ‘provincias’ como Zaragoza (como casi siempre, con intervención de la Económica Aragonesa); pero que se unificarán en 1871).



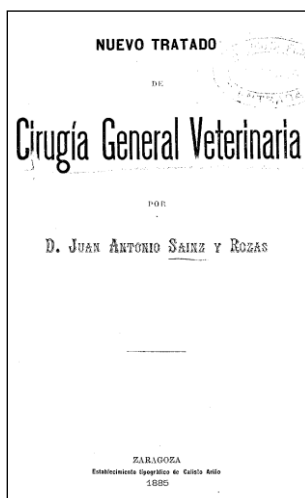
El burgalés **Juan Antonio Sáinz y Rozas** (1825-1899) se tituló por la Escuela de Veterinaria de Madrid, verificando la reválida en junio de 1849, en la que obtuvo la máxima calificación.

En 1850 ya estaba en la cátedra de la Escuela de Veterinaria de Zaragoza, siendo el primer profesor de estas asignaturas (Operaciones, Vendajes, Arte de herrar y forjar, Veterinaria Legal y Clínica Quirúrgica) en dicho centro, donde permaneció hasta su muerte. En 1870 obtuvo también el título de licenciado en Medicina y Cirugía.

Hábil operador, con grandes conocimientos quirúrgicos, fue de los veterinarios que más han trabajado por el engrandecimiento de su profesión y que más obras publicó en la última mitad del siglo XIX.

Muchas de sus obras alcanzaron varias ediciones, fueron declaradas libros de texto y recibieron

innumerables premios. Trabajó incansablemente en beneficio de la ganadería de Aragón.



El profesor de la Universidad de Extremadura, y miembro de la Asociación Española de Historia de la Veterinaria, Miguel Ángel Vives Vallés, en un clarificador artículo ^{Nota 3}, nos explica el interés de otra de las obras de Sáinz.

Para empezar, recordemos que Sáinz publica en 1867 su obra *Nuevo tratado de cirugía general veterinaria* (Zaragoza, Tip. Calisto Ariño, 1867, 528 págs. + 58 figs.) y en 1870 su obra *Nuevo Tratado de Cirugía Especial Veterinaria* (Zaragoza, Tip. Calisto Ariño, 1870, 599 págs. + 79 figs.).

El hecho de separar la Cirugía general de la Cirugía especial es, a juicio de M. A. Vives, el primer signo de modernidad respecto a los anteriores, pues además permitía ampliar mucho los contenidos para que (como dice Sáinz) “profesores y alumnos encuentren todo lo que hay que saber para ejercer

dignamente esta parte de la ciencia”. Y añade que ha escrito ese texto “con la pluma en una mano y el bisturí en la otra”.

También supone gran innovación el intercalar figuras y esquemas entre el texto representando instrumental, vendajes, métodos de contención y el manual operatorio de algunas operaciones. Además, incorpora en un capítulo los primeros esbozos de la utilización de la anestesia (eterización y cloroformización).

Resumiendo (dice Vives) el impacto de este texto (doble) es notorio, pudiendo clasificar a Sainz como un rompedor; la organización de su obra supone una novedad con respecto a las anteriores y cuyo influjo sería seguido, notablemente, por los docentes que continuaron su tarea. Opinión que se confirma años más tarde, cuando el autor de un texto de Cirugía Veterinaria, ya en el siglo XX, opine que

“desde que el Sr. Sáinz y Rozas publicó (...) su tratado de cirugía veterinaria hasta 1906 en que tradujimos la obra de Cadiat, nada nuevo se había hecho en nuestro país que viniese a confirmar los incesantes progresos y las nuevas orientaciones de esta interesante rama de la Veterinaria (...)”.

Los campos de la medicina y la veterinaria no son ajenos, pues muchas veces sus practicantes poseen ambas titulaciones o bien su dedicación pasa, sin solución de continuidad, de un campo a otro. Es el caso de los dos personajes siguientes.

El riojano **Pedro Martínez de Anguiano** (1827-1903) cubrirá la segunda mitad del XIX en la Escuela de Veterinaria de Zaragoza, de la que llegará a ser director. El curso 1861-1862 ya era profesor en esa Escuela y en la Memoria de ese año dice:

“se han obtenido los más felices resultados en una de las experimentaciones ejecutadas, consistente en haber fecundado **artificialmente** una perra de presa inglesa, de 3 años, cuya gestación ha seguido el curso ordinario y ha dado lugar al parto de 2 perros y 4 perras de las que viven 5 con el mejor estado, cuyo hecho viene a corroborar lo mucho que el hombre puede prometerse con su estudio y aplicación en la multiplicación y mejora de las diferentes clases de animales domésticos”.



Martínez de Anguiano tiene dos facetas. La primera de veterinario, y a ella pertenecen las obras que traduce de autores extranjeros (Louis Valentin Delwart: *Tratado del carcinoma ungular de los solípedos*, 1864. W. Warsage: *Compendio de zootecnia general*, 1877) o bien las que publica propias (*Tratado completo de higiene veterinaria comparada*, 1870-1871. *Memoria sobre la glosopeda o fiebre aftosa*, 1875. *Monografía del sanguíuelo y la bacera en el ganado lanar y vacuno*, 1880).

La segunda de historiador de la ciencia, pues también tiene obras interesantes en este campo, tanto propias (*Recopilación histórico-bibliográfica de la circulación de la sangre en el*

hombre y los animales, Zaragoza, Imp. de Agustín Peiró, 1866) como traducidas (M. A. Laboulbène: *Harvey y la circulación de la sangre*, Zaragoza, Tip. Comas Hermanos, 1888).

Tenemos constancia de que Martínez de Anguiano elaboró en 1877 una *Memoria sobre la nueva enfermedad de la vid denominada Phylloxera*, que quedó manuscrita y que es de las más tempranas que se escriben en España sobre esa plaga que tanta importancia iba a tener en este final de siglo. Va ello asociado al hecho de que era presidente de la sección agrícola de la Económica Aragonesa y como tal viajará a París (según refleja su texto *Recuerdos de un viaje a la exposición de París de 1878*, Zaragoza, Tip. M. Salas, 1879). Y en 1880 participará, en calidad de individuo de la Económica, en el Congreso Filoxérico de Zaragoza.

Uno de los personajes ‘raros’ en este campo de la veterinaria es **Francisco Foz Guardia** (sobrino del más famoso catedrático y literato Braulio Foz, ‘padre’ de Pedro Saputo). Ambos nacieron en Fórnoles (Teruel), pero las andanzas de Francisco ^{Nota 4} son muy curiosas. Fue pastor, agricultor, tendero, tratante de caballerías, etc, etc; hasta que, a los 36 años, casado y con tres hijos, decidió trasladarse a Zaragoza y cursar la carrera de Veterinaria. Y la ejerció con solvencia y llegó a publicar una obra: *Tratado del diagnóstico, o sea conocimiento de las enfermedades de los animales* (Madrid, 1887, 561 págs.).



Si miramos lo publicado en la Restauración (en veterinaria y en Aragón) destaca, con 10 obras, el médico **Luis del Río Lara** (1855-1939). Nacido en Brihuega (Guadalajara) en 1855, había estudiado en Madrid siendo

discípulo y ayudante de Aureliano Maestre de San Juan. A causa de ello (muy probablemente) será quien mejor representa la modernidad.

En 1892 ganó las oposiciones a cátedra de Histología y Anatomía Patológica en la Facultad de Medicina de Zaragoza, creando en ella un importante laboratorio en el que fue pionero de la investigación y enseñanza de química biológica y microbiológica. Discípulo de Maestre de San Juan y en la estela de Cajal, Luis del Río Lara publicó en 1893 un manual sobre *Técnica Micrográfica General*, que reunía los materiales necesarios y los métodos seguidos entonces en los laboratorios de Histología y Bacteriología. Se lo prologó Cajal

También publicó el excelente libro de texto *Elementos de microbiología para uso de estudiantes de Medicina y Veterinaria* (Zaragoza, Tip. La derecha, 1898). Es el primer libro de texto español dedicado exclusivamente a la Microbiología, ya separada por completo de la Anatomía Patológica.



Con este manual, intentó derribar la barrera entre la medicina de los médicos y la de los veterinarios. Y se concentra en las descripciones morfológicas de los microbios y en el tratamiento de las enfermedades infecciosas.

En su discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina de Zaragoza, titulado *Los primeros casos de actinomicosis estudiados en España* (publicado luego en Zaragoza, Imp. de Nadal, 1900), el Dr. Del Río Lara no se anda con paños calientes y le dice a tan docta corporación:

“(…) De estos altos centros del saber (…) depende la regeneración de nuestra actual decadencia científica.

¿Cuál es, en resumen, la causa evidente de este mal? ¡El olvido en que yace la investigación experimental! (...). Del propio modo que el grado de salubridad de un pueblo lo da el cultivo y la canalización subterránea, el grado de cultura de una Nación se mide hoy, sólo por el número y la calidad de las investigaciones experimentales de todos órdenes (...).”

El final de su carrera docente lo realizó en Madrid, sustituyendo a Cajal en su cátedra tras la jubilación. Y tras la guerra civil tuvo que exiliarse y murió en México en 1939.

NOTAS CAPÍTULO V-4

Nota 1.- Jose Gómez Piquer & José Manuel Pérez García: *Crónica de 150 años de estudios veterinarios en Aragón (1847-1997)*, Zaragoza, IFC, 2000.

Nota 2.- Al mismo tiempo que en Zaragoza, en 1847 se creó nueva Facultad en Córdoba; en León se erige en 1852, y en Santiago de Compostela en 1883.

Nota 3.- Miguel Ángel Vives Vallés: “Los libros de texto para la enseñanza de la cirugía desde la fundación de las Escuelas de Veterinaria en el siglo XVIII”, en *Acta Veterinaria*, 1993, nº 6, pp. 17-29.

Nota 4.- Rosa M^a Castañer Martín (2014): “Una ilustre familia aragonesa: Braulio, Francisco y Vicente Foz”, en *Archivo de Filología Aragonesa*, 2014, nº 70, pp. 169-199.